



REVISTA
**ESPACIO^y
SOCIEDAD**

Año 3 - N° 3 - 2019

ISSN 0719 - 8922



Colectivo de Geografía Crítica Gladys Armijo Zúñiga
correo electrónico: seminariogladysarmijo@gmail.com

Revista Espacio y Sociedad
correo y envío de manuscritos: revista.espaciosociedad@gmail.com

sitio web y bases de la revista: www.geografiacritica.cl

REVISTA ESPACIO Y SOCIEDAD

EDITORA

Cristina Bonilla Araya

COMITÉ EDITORIAL

Froilán Cubillos Alfaro

Marcela Fernández Valenzuela

Felipe Morales Rivas

Ignacio Celis Marín

Diego Pinto Veas

DIAGRAMACIÓN

Ignacio Celis Marín

Felipe Morales Rivas

ILUSTRACIONES

Enzo Castillo

REVISTA ESPACIO Y SOCIEDAD

AÑO 3 - N° 3 - 2019

ISSN: 0729-8922

Abrev.: Revi. espacio soc.

Es una publicación del Colectivo de Geografía Crítica
Gladys Armijo Zúñiga

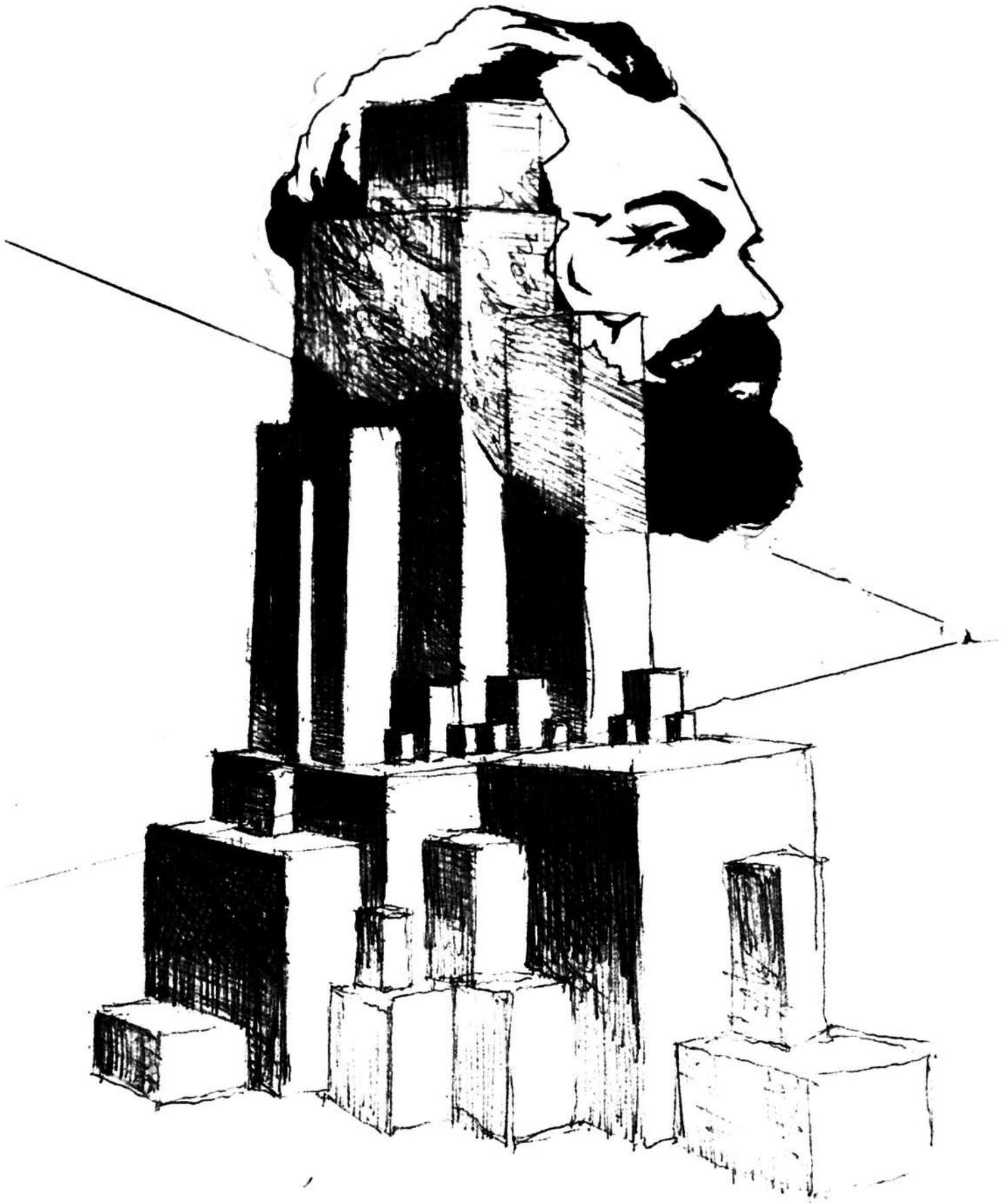
Primera edición digital

Valparaíso - Buenos Aires



Esta revista se puede reproducir total o parcialmente, siempre y cuando sea sin fines comerciales y citando la autoría correspondiente a cada artículo e/o ilustraciones.

Ilustraciones: enzocastillo03@gmail.com



El espacio abstracto, o la mercancía como espacio. Orígenes de la subsunción del espacio al capital

Patricio De Stefani¹

Resumen

El proceso de producción del espacio social y natural en la sociedad capitalista se encuentra enteramente subsumido en el movimiento de la acumulación del capital, en sus leyes y tendencias históricas. El espacio abstracto es la forma específica que asume históricamente el espacio social que habitamos y producimos día a día. En sus orígenes, entre la baja edad media y los comienzos del capitalismo, esta forma de espacio se encontraba limitada a ser la condición de existencia del capital comercial y su expansión geográfica. Sin embargo, en su ascenso a función dominante, el capital subsume dicho espacio en su proceso de reproducción, como su propio agente y producto más general. La mercancía supera así su condición de cosa y alcanza la forma concreta de un espacio social. Al ser a la vez un producto y condición de la acumulación del capital, nuestras condiciones espaciales de existencia se autonomizan contra las potencias humanas que las realizan, adquiriendo un carácter abstracto pero real, es decir, a la vez homogéneo, reproducible y fragmentario. Se trata de conocer la forma social y material específica de este espacio social engendrado por el proceso de formación histórica del capital.

Palabras clave: obra-mercancía, forma de espacio, espacio abstracto, espacio mercantil, subsunción formal

¹ Arquitecto, Universidad Central de Chile. Master of Philosophy, Universidad de Liverpool. Integrante del Grupo Naturaleza Crítica. Contacto: destefani.patricio@gmail.com

La transformación de la obra en mercancía

A simple vista, uno de los rasgos característicos del tipo de hábitat en el que actualmente desarrollamos nuestra vida es su tendencia a la universalidad: las mismas casas, las mismas tiendas, centros comerciales, autopistas, supermercados, pueblan en menor o mayor medida los lugares que configuran el día a día del habitante de cualquier ciudad o poblado. Incluso aquellos lugares todavía llamados rurales o también los destinados al ocio –supuestamente “auténticos” y a salvo de esta uniformidad– terminan reduciéndose a un estado repetitivo impulsado, entre otros, por la industria turística. A nadie le resulta asombroso que se reduzcan cada vez más las antiguas diferencias locales entre un poblado y otro. Y aunque parezca una observación del todo trivial, no bien traspasamos esta apariencia inmediata de lo que nos rodea, nos encontramos ante un mundo cuya imagen es el resultado y la condición de un intrincado complejo de relaciones sociales.

Al mismo tiempo que se desarrolla ante nuestros ojos la tendencia hacia una absoluta homogeneización de nuestro entorno, podemos observar una tendencia opuesta hacia su extrema diferenciación y fragmentación. Pensemos, por ejemplo, en el carácter exclusivo de ciertos lugares destinados al consumo y ocio de los sectores acomodados, o lugares cada vez más especializados en ciertas funciones, como los distritos de negocios o ciudades empresariales. Guetos de todo tipo proliferan en los centros y periferias de las ciudades, incluyendo zonas exclusivas, como condominios privados o grandes complejos hoteleros de lujo. Nuestro hábitat es constantemente fracturado en parcelas y lotes para facilitar su venta y compra.

La creciente primacía que han adquirido las redes de transporte, de telecomunicaciones y los sistemas de información geográfica y de geolocalización, representa el reverso de esta segunda tendencia, puesto que dichas redes unen forzosamente los lugares que han sido radicalmente dispersados y atomizados. Esta doble tendencia hacia la homogeneización y hacia la fragmentación, hacia la unión y hacia la separación es –tal y como Lefebvre (2011, p. 121) señalara tempranamente en su obra– esencialmente contradictoria: por un lado, hemos desarrollado enormemente la capacidad de mapear, manipular y transformar a gran escala nuestro espacio vital, concentrando, unificando e integrando los más diversos lugares, individuos y actividades a nivel mundial; mientras que, por el otro, nuestras ciudades y poblados se encuentran cada vez más desarticulados, internamente divididos y disociados por las mismas fuerzas económicas y políticas que los intentan mantener cohesionados.

Si aceptamos esta simple observación inicial, y pretendemos avanzar en el conocimiento de este tipo universal de espacio, no es muy útil comenzar por considerarlo un *espacio absoluto*, es decir, desde la apariencia de ser simplemente un vacío o extensión geográfica preexistente donde se disponen todo tipo de obras, construcciones, individuos y sus actividades. Habría que partir por reconocer que este espacio que pretendemos analizar es, en primer lugar, el producto histórico de una sociedad determinada –o sea, un *espacio social* (Lefebvre, 1991, pp. 26, 73, 116; 1972, pp. 33-34; Harvey, 2005, pp. 93-115; Santos, 2000, pp. 54-55). No es, por tanto, un espacio universal, general, en el sentido de ser independiente de toda forma histórica, ni tampoco en el de ser un abstracto producto del pensamiento. Este *espacio social* que tiende a constituirse como universal, es el espacio característico de una forma de sociedad específica. En segundo lugar, dicho espacio se presenta a nuestra experiencia inmediata como una enorme aglomeración de obras o construcciones concretas de espacios aparentemente diversos: desde la vivienda individual a densas torres de departamentos y grandes establecimientos institucionales; desde el lugar de trabajo a gigantescos centros productivos y comerciales; sin dejar de lado la mencionada vasta red de obras públicas, infraestructurales y redes telecomunicacionales que interconectan todo el complejo.

En esta aglomeración espacial de obras de todo tipo –que se encuentran distribuidas de manera más o menos concentrada, más o menos dispersa y fragmentada sobre un territorio específico– la obra singular se nos aparece como su forma elemental: la forma espacial más simple cuya agregación en conjuntos de diverso alcance, configura asentamientos humanos con distintos grados de complejidad. Sin embargo, toda obra es a su vez un complejo –un espacio concreto compuesto de múltiples espacios– que alberga características únicas e irrepetibles dadas, primero, por su específica e intransferible localización y, segundo, por una particular articulación con su entorno inmediato. Toda obra es, por tanto, una forma concreta del espacio o, más breve, un concreto de espacio (Lefebvre, 2015, pp. 90, 106).

Considerado en su generalidad, dicho concreto u obra puede abordarse inicialmente desde un doble aspecto: en tanto cosa sensorial o en cuanto objeto de uso (Uexküll, 2014, pp. 83-85; Borchers, 1968, p. 31). Dichos aspectos suelen confundirse para el observador común. Habitualmente utilizamos las categorías cosa y objeto indistintamente para referirnos a un mismo cuerpo en el espacio –digamos, una casa o sus muebles. Es más, cuando señalamos algo como un “objeto”,

generalmente nos referimos a una “cosa útil”, es decir, un cuerpo material con ciertas propiedades que, al ejecutarse nuestra acción sobre éste, satisface algunas de nuestras necesidades. Confundimos así su potencia de ejecución, su rendimiento útil, que lo caracteriza en cuanto objeto, con su mera apariencia material, su forma natural sensible en tanto cosa. La cosa es la forma de manifestación concreta del objeto, mientras que éste es su forma abstracta, general, es decir, que hace abstracción de su apariencia material específica y conserva únicamente determinadas reglas sociales de ejecución para poder apropiarse materialmente de su utilidad potencial.¹ Por ejemplo, y sin ir más lejos, la secuencia de movimientos que nuestro cuerpo debe ejecutar para andar en bicicleta son los mismos, independiente del diseño particular de tal o cual bicicleta.

Los objetos son acciones humanas en potencia, abstraídas en un plan de rendimiento, es decir, indicaciones de movimiento que se encuentran latentes y señaladas en todas las cosas útiles (Uexküll, 1951, p. 61; 2016, pp. 104-105). Una escalera es una cosa útil perceptible a nuestros sentidos, pero el esquema abstracto de ascenso o descenso es un objeto, simples reglas de movimiento depositadas en nuestra memoria que ejecutamos —o consideramos ejecutar— al entrar en contacto con esa cosa útil llamada escalera, cualquiera sea su tamaño o forma particular. Podemos usar un sillón como cama porque ambas cosas, a pesar de ser cualitativamente distintas y que dicha diferencia sea reconocida socialmente, contienen el mismo objeto en potencia y pueden, por ende, satisfacer una misma necesidad. Es por esta razón que no podemos “ver” los objetos. Los objetos no son simplemente cosas ni tampoco acciones, son esquemas sociales suprasensibles, son la forma social general de las cosas (Marx, 2014, pp. 84-85; c.f. Appadurai, 1991, p. 19). Cosa y objeto designan dos aspectos de un solo y mismo cuerpo material, su forma natural y su forma social. Los objetos son activos, sociales, requieren de nuestras acciones para existir; las cosas son pasivas, naturales, existen independientemente de nuestras acciones. Una casa deshabitada es una cosa, pero no un objeto. La acción de apropiación material de la utilidad o valor de uso de una cosa natural cualquiera, la

convierte inmediatamente en un objeto social.

Si consideramos ahora el mismo concreto de espacio en su particularidad, es decir, como parte de la forma de sociedad actualmente vigente, se nos presenta, en tanto objeto, bajo una forma social específica. Por ejemplo, una casa puede comportar un sinnúmero de formas naturales, apariencias materiales tan variadas como las diversas culturas o locaciones geográficas donde surge y se emplaza. Pero el habitar humano, considerado de manera general, tiene un contenido material biológico común a toda época, mientras que las formas sociales en que dicha actividad genérica se realiza, corresponden a determinados momentos del desarrollo histórico de la producción social en general, y de la producción social del espacio, en particular.

Para efectos de comprender su particularidad social, podemos descomponer nuestra obra en cuerpos aún más simples: elementos constructivos, revestimientos, instalaciones, mobiliario, etc. Estos elementos revisten la peculiar forma social de mercancías, es decir, de cosas y objetos útiles cambiables entre sí por medio del dinero. ¿Basta esta simple constatación para declarar que la articulación de dichos elementos en un concreto de espacio, es decir, en una obra, es también una simple mercancía, es decir, un producto como cualquier otro? No. Las obras son habitadas o, al menos, utilizadas. Son, por tanto, consumidas como valores de uso en cualquier forma de sociedad, pero no precisamente en el sentido en que consumimos un alimento, un utensilio, una prenda de vestir, o incluso un mueble. A diferencia de esas mercancías comunes, las obras son la condición espacial de existencia de todo consumo y toda producción, es decir, sólo podemos consumir las demás mercancías a través del consumo de este tipo de mercancía en particular, y sólo podemos producir nuestros medios de vida presuponiendo la existencia de condiciones espaciales para el desarrollo y reproducción de la vida en general. Es imposible siquiera imaginar la reproducción material de la vida humana sin un espacio apropiado para ello. A diferencia de las mercancías “cosa”, estas son mercancías “espacio” —*obras-mercancía*— que poseen el tamaño, magnitud y condiciones suficientes para el desarrollo de actividades humanas de diversa índole. Requieren, por ello, de su fijación a la superficie terrestre. No pueden circular a través de ella como las demás mercancías.² Pero estos hechos no nos

1 Por ejemplo, las señales direccionales “hacia arriba” o “hacia abajo” que recibimos al enfrentar una escalera, no se ven ni se perciben con ninguno de los sentidos externos clásicos, sino que corresponden a dos esquemas de movimiento del organismo humano que están contenidos en una misma cosa útil. Una misma cosa o valor de uso puede albergar una multiplicidad de esquemas en tanto rendimientos o utilidades en potencia y, por tanto, de usos humanos distintos. Piénsese en alguien que se sienta en una escalera o la utiliza para amarrarse un zapato y quien, por otra parte, simplemente sube o baja por ésta.

2 “Necesitamos de la estabilidad del tronco para mover las extremidades; necesitamos de la estabilidad de nuestro entorno para mover nuestro cuerpo de un lugar a otro.” Traducción propia. (Van der Laan, 1983, p. 21). La excepción a esta regla podría ejemplificarse en mercancías medios de transporte como yates,

revelan nada aún sobre la especificidad histórica de la *obra-mercancía*, más bien corresponden a rasgos naturales característicos de toda obra, independiente de la forma de sociedad en que se nos presente.

Entonces ¿qué clase de mercancía es el espacio social? ¿qué implica que las obras que conforman el espacio específico de esta sociedad, adopten la forma social de mercancías? En primer lugar, que ya no sólo cuentan por su forma natural en tanto que obras útiles singulares, sino que además por su forma puramente social en cuanto productos del trabajo humano en general (Marx K. , 2014, pp. 55-56).³ Gracias a dicha forma social, las *obras-mercancía* adquieren la capacidad de ser ellas mismas cambiables en el mercado, y no solo la condición del cambio de las demás mercancías. Además de sus propiedades materiales como cosas y de su rendimiento útil como objetos, al ser producidas como mercancías, las obras aparentemente pierden su singularidad cualitativa y adquieren el atributo social de ser portadoras de *valor* (Marx, 2014, p. 52), cualidad común a todas ellas, que las transforma en productos cuantitativamente homologables y, por tanto, aptos para ser cambiados, o sea, vendidos y comprados en el mercado.

El *espacio abstracto*, como forma histórica y específica del espacio social, es abstracto en tanto abstracción concreta, tal como el dinero o la misma mercancía (Marx, 1970, p. 26; Sohn-Rethel, 2001, pp. 25-26, 52-53). De todos sus atributos hemos destacado, por un lado, su tendencia hacia un estado homogéneo, indiferenciado y, por otro, hacia su disociación, su disyunción interna ¿por qué? Porque son precisamente dichos atributos los que hacen posible no sólo su cambiabilidad en el mercado sino, como veremos, la expansión creciente del cambio de todas las demás mercancías. Entonces, no nos queda más que preguntarnos ¿cómo llega el espacio social elemental de la *obra-mercancía* a adquirir dichos atributos? ¿Acaso se trata simplemente de un proceso de

ferris o cruceros. A pesar de que todas califican como *obra-mercancía*, en el sentido de que cumplen condiciones mínimas y máximas de habitabilidad y, por tanto, de consumo social, no se encuentran sujetas a la superficie terrestre de manera fija. Son medios de desplazamiento que, a diferencia de vehículos terrestres como trenes o buses, comportan dimensiones tales que permiten no sólo albergar muchas personas de manera prolongada en el tiempo, sino que éstas puedan realizar diversas actividades más allá de las básicas como comer o dormir.

3 Es decir, trabajo humano en cuanto tal, como el gasto genérico del organismo y energía humana para transformar su medio vital que, al ser realizado por productores privados y autónomos, se representa cuantitativamente como el valor de una determinada mercancía.

“mercantilización” del espacio? ¿No se trata más que de la asimilación de los atributos propios de las mercancías en general, de la transformación del espacio concreto en un producto mercantil indiferenciado? ¿No sería más adecuado preguntarnos cómo y por medio de qué acción humana la obra llega a adquirir dichos atributos? En lo que sigue, buscaremos demostrar esta hipótesis respondiéndonos acerca de la necesidad de los atributos que adquieren las obras cuando son producidas como mercancías y, más importante aún, por qué la forma social de mercancía necesita, en un determinado momento de su desarrollo histórico, alcanzar las dimensiones y características propias de un concreto de espacio y del espacio en su conjunto.

El trabajo productor de espacio abstracto

Sea cuales sean los atributos de una forma concreta cualquiera, su origen debemos buscarlo siempre en la acción humana que los ha producido, y no en meras descripciones de éstos. Así, por ejemplo, una casa llega a poseer el atributo o carácter de habitable por la acción humana que la ha concebido y construido. Esta acción –o más bien, encadenamiento de acciones– ha sido capaz de extraer de la naturaleza los materiales necesarios para construir, y luego los ha preparado y acoplado en un ensamble técnico adecuado a la forma de vida humana. Al inicio del proceso, los materiales no poseían más que ciertos atributos naturales como resistencia, durabilidad, composición, textura, etc., pero gracias a la acción intencional humana aplicada sobre éstos, dichos materiales son transformados: mutan su forma adquiriendo así, en conjunto, el atributo de ser una cosa habitable o, más bien, de ser un objeto social –en el sentido anteriormente definido– destinado a ser habitado por seres humanos.

La apariencia inmediata del carácter abstracto (homogéneo y fragmentado) que manifiesta la mercancía al desarrollarse en la forma de un espacio social sólo puede explicarse por el peculiar carácter del trabajo social que se ha objetivado (materializado) en dicho espacio. Si la principal función de ese trabajo es convertir al concreto de espacio (obra singular) en una forma abstracta de espacio (*obra-mercancía*) que lo haga cambiabile en el mercado, o bien, acelere el cambio y la circulación de mercancías en general ¿de dónde surge, entonces, la necesidad de la mercancía común y corriente de adoptar la extensión y forma de un espacio social? ¿Por qué este espacio asume una forma abstracta y general? ¿Qué clase de trabajo es el que realiza dicha necesidad y cómo?

Si el trabajo productor de mercancías es simultáneamente un trabajo concreto útil, productor de valores de uso, y un trabajo abstracto privado, productor de valores, este doble aspecto se expresa materialmente en el carácter dual de su producto, la mercancía como valor de uso y valor (Marx, 2014, p. 60). Asimismo, lo que da a las mercancías su cualidad o atributo de la cambiabilidad, es el hecho de que el tiempo de trabajo abstracto promedio para su elaboración, se representa en ellas objetivamente como su valor, debido a que ha sido realizado por productores privados y recíprocamente independientes, quienes, en virtud de esa condición, sólo pueden relacionarse entre sí de manera indirecta a través del cambio de los productos de sus trabajos privados. Sólo a través de este intercambio los productores de mercancías resuelven la unidad de la producción y el consumo social. En esto consiste el carácter social del trabajo productor de mercancías (Marx, 2014, p. 56; Iñigo Carrera, 2007, p. 52).

De la misma manera que toda mercancía es simultáneamente valor de uso y valor, y que este doble aspecto es resultado del carácter dual del trabajo humano que la ha producido, la *obra-mercancía* es simultáneamente un concreto de espacio y una forma de espacio. Por un lado, una forma natural concreta del espacio, una obra singular con dimensiones y cualidades determinadas, situada en un lugar específico y que, como valor de uso determinado, satisface cierta necesidad de habitación o circulación. Por otro lado, una forma social abstracta de espacio, un producto mercantil genérico y reproducible, cuantificable e independiente de un lugar y una necesidad de habitación particular. El principal valor de uso de este producto espacial es el de realizar y reproducir el auto-movimiento del valor (Lefebvre, 1991, pp. 358, 365; Harvey, 2018, p. 127).⁴ Al igual que toda mercancía, este carácter dual y contradictorio de la *obra-mercancía* es el resultado del doble carácter del trabajo que la ha producido. Teniendo en cuenta, entonces, el carácter general del trabajo productor de mercancías, se trata ahora de explicarnos el carácter particular del trabajo productor de la *obra-mercancía*.

En general, toda obra singular es un concreto de espacio específico, un valor de uso situado en un lugar geográfico determinado, que satisface una particular necesidad de habitación o circulación. Su existencia material es el resultado de un tipo particular de actividad productiva, de un trabajo socialmente útil y concreto

que produce obras, es decir, espacios sociales como casas, edificios, calles, plazas, puentes, caminos, etc. Este tipo de trabajo consiste en transformar los elementos naturales (o materia prima) en elementos constructivos sólidos, uniéndolos mediante una correspondiente técnica de construcción apropiada a la naturaleza de los materiales, que permita crear un complejo de espacio antes inexistente. El resultado material de este trabajo no es más que la propia actividad productiva objetivada, es decir, inmovilizada en un cuerpo objetivo. Los obreros construyen, y el resultado de su acción es una obra construida. Pero la obra no es sólo una resultante, sino que actúa a la vez como condición espacial de existencia y realización de toda actividad humana. En este sentido, la obra es también un instrumento indirecto de trabajo y, en particular, del mismo trabajo que produce obras. Para construir no sólo se necesitan materiales, sino un sitio –es decir, obras producto de trabajo pretérito, como caminos o calles, electrificación o agua potable, etc. (Marx, 2014, p. 188).

Si ahora observamos el mismo trabajo productor de espacio bajo su forma mercantil general, además de enfrentarnos a una obra singular, situada en un lugar específico y que satisface determinadas necesidades sociales de espacio, nos encontramos frente a un tipo particular de producto mercantil. Aunque éste necesariamente se realice como un tipo específico de valor de uso (una obra o concreto de espacio), desde el punto de vista de su especificidad social, este tipo particular de mercancía cuenta únicamente como portadora material de su valor, es decir, del tiempo de trabajo social promedio requerido para su producción, realizado privada e independientemente de otros productores de mercancías. Su existencia social es el producto de la actividad productiva en general, del trabajo humano como tal, realizado privada y autónomamente. La objetivación directa de dicho consumo genérico de fuerza humana de trabajo organizada de manera privada, produce un espacio igualmente general. No engendra obras específicas que responden a necesidades sociales determinadas más que incidentalmente, sino que produce primariamente al espacio en cuanto tal, a su forma más general e indiferenciada. Antes de satisfacer la necesidad –general o particular– de habitación o circulación, este espacio es resultado de la producción y circulación del valor, y es además él mismo una de las formas concretas del valor.

Por otro lado, no existe una identidad directa entre el trabajo abstracto o general y el *espacio abstracto* (Lefebvre,

⁴ El movimiento autónomo del valor, base de la circulación simple de mercancías y dinero y de la circulación del capital, ocurre o se realiza necesariamente en una determinada configuración del tiempo y el espacio.

1991, pp. 49, 307).⁵ El trabajo humano en general o el gasto productivo de cuerpo humano para transformar su espacio vital, sólo se manifiesta como el valor de la mercancía cuando es organizado y realizado de forma privada por productores autónomos. Si este no es el caso, entonces es una forma común a toda forma histórica de sociedad, y no específica de la producción mercantil (Iñigo Carrera, 2007, pp. 145, 231; c.f. Rubin, 1974, p. 189). En la época en que se comenzó a organizar el trabajo social en torno a cuantos uniformes de tiempo llamados “horas”, durante los siglos XIII y XIV, el tiempo de trabajo fue homogeneizado para así ser cuantificado en términos de especie o dinero. El tratamiento del espacio como algo geoméricamente homogéneo y uniforme, está directamente relacionado con esta medición del tiempo de trabajo y de la vida social en general. Por ejemplo, con el objeto de perfeccionar las técnicas de navegación y los tiempos de viaje durante el siglo XVI, individuos como Gerardus Mercator o Giordano Bruno se convirtieron en maestros de la medición del espacio terrestre y su reducción a relaciones geométricas simples.⁶ El espacio humano siempre ha existido bajo distintas formas sociales e históricas concretas, en las que se desarrolla efectivamente su proceso de producción. Pero es precisamente durante este siglo, cuando el trabajo privado de productores autónomos (manufacturas) se comienza a equiparar a través del intercambio de tiempos de trabajo abstracto materializados en mercancías, que el espacio comienza a ser medido, cuantificado, homologado y abstraído de sus cualidades singulares, de su anclaje a una historia y una localidad específicas. Es el tiempo abstracto, homogéneo y cuantitativo contenido en las mercancías el que iguala los concretos de espacio singulares en el espacio universal e indiferenciado de la producción y la circulación mercantil. El *espacio abstracto*, la *obra-mercancía*, no es el simple producto del trabajo abstracto, sino del trabajo privado, enajenado.⁷

Al ser el producto espacial del trabajo abstracto privado, la *obra-mercancía* se considera únicamente desde su aspecto cuantitativo, es decir, solamente como la suma total de todas las dimensiones que la componen materialmente, sin atender a ninguna otra cualidad. A diferencia de las

5 Por el contrario, en su desarrollo original sobre el espacio abstracto, aunque con matices, Lefebvre sugiere una identidad inmediata entre ambas categorías.

6 “Si el espacio era homogéneo y podía medirse (...) entonces la inteligencia humana podía dar la vuelta al mundo y extenderse hacia el vacío interestelar.” (Crosby, 1998, p. 93).

7 “El trabajo enajenado (...) enajena al hombre de su propio cuerpo, la naturaleza externa, su vida mental y su vida humana.” (Marx, 1970, p. 112).

mercancías comunes, que pueden circular y cambiarse libremente a través del espacio, la única manera de lograr que las obras-mercancía se cambien entre sí —es decir, que circulen como valores— es homologando todas sus partes componentes. Las características singulares de su forma material tridimensional tienden a reducirse, por ende, a su figura geométrica bidimensional. Sus diferencias o atributos sensoriales y sociales específicos se reducen únicamente a diferencias dimensionales calculables. Mientras más se simplifique su forma, o se reduzca a unidades de igual magnitud, tanto más fácil su cálculo dimensional y, por ende, de su valor. El resultado inmediato del trabajo abstracto y privado es el esquema más general del espacio, su reducción a un estado puramente geométrico, isótropo y continuo, que realice lo más eficientemente posible la producción y la circulación mercantil —o sea, que su organización material acelere el proceso de producción y reduzca el tiempo destinado a la circulación. La *obra-mercancía* que resulta de este trabajo se presenta bajo la apariencia real de una entidad autónoma, de un espacio homogéneo, cuantitativo, puramente formal y reproducible, y por lo tanto, independiente de todo contenido: un espacio-en-sí, absoluto. Es, por tanto, un espacio fetiche, cosificado, sustancializado. *El espacio social que es producto, instrumento y condición del movimiento humano es concebido, en la práctica, como una forma material objetiva independiente de éste, no sólo exterior sino que ajena.*⁸ La existencia práctica del espacio como un momento del proceso general de producción social se eclipsa bajo la ilusión objetiva de ser una cosa fija, una estructura o soporte pasivo que cuenta con propiedades intrínsecas.

Este fetichismo del espacio consiste en que, sin importar su extensión —sea en nuestra vivienda o en la gran ciudad—, experimentamos espontáneamente nuestro espacio social como algo dado e inamovible, como una realidad sustancial independiente. Borrarnos todas las huellas de la humanidad —de la actividad humana, social— que está incorporada y expresada en él y, por ende, nos parece ajeno y autónomo. El trabajo abstracto o general que se representa como el valor de la *obra-mercancía*, y la forma privada e independiente con que se efectúa y que la hace apta para el cambio con otras mercancías adopta, pues, la forma social de un espacio abstracto. Este espacio se objetiva, a su vez, en la apariencia material de una cosa ajena y externa al proceso social de su propia producción.

8 “(...) la relación del trabajador con el *producto del trabajo* como objeto ajeno que lo domina (...) es, al mismo tiempo, la relación con el mundo sensorial externo, con los objetos naturales, como mundo ajeno y hostil.” (Marx, 1970, p. 109).

El trabajo concreto que produce la obra, es decir, el conjunto de acciones específicas requeridas en el proceso de su realización, desaparecen en la cosa o, más bien, se cosifican, se conciben únicamente como sus propiedades internas e independientes. Así, la obra que es resultado del trabajo abstracto realizado privadamente, parece adquirir vida propia. Tiende a independizarse de su origen en la acción humana que la ha producido. El carácter social del trabajo productor de obras-mercancías aparece, entonces, realmente invertido como si fuera un conjunto de propiedades y relaciones del espacio en sí mismo y consigo mismo –es decir, como espacialidad.⁹

Ahora podemos ver más claramente que el problema no consiste en afirmar el simple hecho de que el espacio social se ha convertido actualmente en una mercancía, es decir, que ha sido “mercantilizado” al adquirir un valor de cambio y al ser integrado su proceso de producción al modo capitalista de organizar la producción social. Ni siquiera basta con el esfuerzo por explicar cómo es que ha sido concreta e históricamente transformado en una gran mercancía de mercancías y, por tanto, en *capital* (Marx, 2014, pp. 160-161)¹⁰.

El punto de partida consiste, a continuación, en explicar por qué y cómo la mercancía, en su desarrollo, ha adquirido una forma abstracta de espacio social –superando la de una simple cosa útil y cambiante a través del espacio– y por qué dicha forma social general de espacio llega hoy a ser la dominante a nivel mundial. El verdadero problema, entonces, es descubrir la necesidad inherente al desarrollo de la forma mercancía, de adoptar la particular forma de *espacio abstracto*. En este camino buscaremos reproducir el movimiento orgánico que conduce a dicha forma, desde sus orígenes esporádicos y más simples, hasta su forma clásica, que constituye la premisa histórica del tipo de espacio que hoy podemos reconocer dondequiera que vivamos o vayamos.

9 Es un hecho común que se eduque inicialmente a arquitectos y diseñadores en cuanto a las “propiedades formales” del espacio. Se trata de un espacio originado en la conciencia del proyectista y que, desde ahí, debe responder a una cierta necesidad o función. La noción de “espacialidad” como propiedades intrínsecas del espacio viene únicamente a reproducir en la conciencia las contradicciones e inversiones reales del proceso de producción del espacio.

10 A esta altura de la exposición, no corresponde desarrollar la categoría de “capital” específicamente en relación al espacio social. En lo que sigue, presuponemos al capital y sus formas primitivas como un proceso de circulación continua entre la producción y la realización de *plusvalor*, y no como un instrumento, una técnica o un conjunto de factores de producción.

La forma de espacio de la mercancía, o la transformación de la mercancía en espacio

La transformación de la obra singular en una mercancía o, lo que es lo mismo, la forma social abstracta, general, que asume el concreto de espacio al producirse como mercancía, constituye el primer indicio de la formación histórica de un nuevo espacio social, específicamente capitalista, que emerge con el desarrollo y subordinación del espacio histórico característico de la producción feudal tardía (Lefebvre, 1991, pp. 48-49, 262-267).¹¹ Al examinar la transición del espacio como obra al espacio como producto mercantil, ya no desde un punto de vista estrictamente formal, sino como un proceso histórico, veremos que no es sino la condición de una mutación mucho más profunda: la transformación íntegra de la mercancía desde una simple “cosa social útil” en una totalidad espacial –es decir, en una *mercancía-espacio*. En el primer caso, obras singulares comienzan a ser producidas como mercancías, es decir, entran y salen del proceso de producción como mercancías, por ejemplo, las embarcaciones en el siglo XV o ciertos talleres manufactureros en el siglo XVI. En el segundo, es la mercancía la que se apodera de un conjunto de obras preexistentes, producidas bajo otras condiciones históricas, y las transforma en funciones específicas del naciente capital industrial. Para explicar adecuadamente las relaciones inherentes a esta segunda transformación debemos adentrarnos analíticamente en la mercancía y reproducir las distintas “formas de espacio” que ésta fue adquiriendo en el curso de su propio desarrollo, partiendo desde las primeras formas, todavía aisladas y esporádicas, hasta alcanzar las formas que constituyen la base de la actual producción del espacio.

La historia de la transformación del espacio social característico del medioevo tardío en el espacio social de la primera modernidad, es la historia de la separación entre el espacio y sus habitantes. Corresponde al proceso de expropiación –forzada, brutal, y a veces velada, legal– de los productores directos de su espacio social más próximo (sus tierras, su morada, sus obras, sus instrumentos de trabajo). Esta historia comienza tempranamente, en el siglo XIII europeo, con el desarrollo de la agricultura y el comercio de exportación, especialmente de las primeras

11 La categoría “espacio histórico” hace referencia aquí a la división conceptual e histórica que Lefebvre desarrolla entre el espacio absoluto, histórico y abstracto. El primero es simbólico, político, mítico-religioso, originado en la antigüedad y ligado a la comunidad primitiva y los lazos consanguíneos con la tierra y los instrumentos de trabajo, mientras que el segundo es un espacio secular, relativo, que comienza con el desarrollo a gran escala de la agricultura, de las ciudades y la evolución de la producción mercantil a través de éstas y su relación con el campo.

manufacturas textiles de la región flamenca y la Italia septentrional. Aunque la escisión definitiva entre el proceso de trabajo y su propio producto y condición de existencia, no se logrará sino hasta el siglo XIX con el desarrollo de la industria a gran escala y la consolidación del modo capitalista de la producción social. Sorprende que aún se tienda a ver los orígenes del moderno espacio capitalista únicamente en la historia reciente del mismo, como una consecuencia inmediata de la revolución industrial inglesa del siglo XVIII –por ejemplo, en las operaciones urbanísticas del Barón Haussmann o en la revolución del hierro y el cristal en la arquitectura. Al decir de Le Goff, no se requiere un gran esfuerzo para ver en este espacio medieval tardío el germen incipiente, aunque decisivo, de la moderna organización capitalista del espacio social, que más tarde se extenderá a la totalidad del planeta (Le Goff, 1979, p. 102, Moore, 2003, p. 102).

Dado un determinado momento del desarrollo histórico del espacio social, el conjunto de las obras que lo conforman comienza a presentarse como condiciones de la génesis del espacio abstracto, es decir, como supuestos históricos de su formación. Esas obras no son todavía un resultado del proceso capitalista de producción, aunque sí son parte de un proceso de producción mercantil en el que ellas mismas no son aún mercancías. Aunque la ciudad y la campaña medieval se presentan aquí como premisas y categorías históricas, preexistentes al modo capitalista de producción, veremos cómo se forjó una dinámica entre ambas que acabará por transformar enteramente la faz de la tierra con el posterior desarrollo de la moderna gran industria y el proceso de urbanización general de la sociedad.

Al igual que podemos distinguir conceptual e históricamente a la producción mercantil –en sí misma una categoría económica abstracta– de su forma específicamente capitalista (Marx, 2014, p. 204; Colliot-Thélène, 1973, pp. 53-54), también podemos hacer la distinción entre un espacio de la producción mercantil y la mercancía como espacio, como dos momentos en el proceso de transformación de la mercancía en espacio social. En el primero, el espacio no se producía aún como mercancía, aunque constituía la condición espacial de su existencia y circulación. La mercancía no se había generalizado todavía hasta alcanzar una dimensión propiamente espacial. Sin embargo, durante el periodo que va de la segunda mitad del siglo XIV a los comienzos del siglo XVI, observamos en Europa occidental el desarrollo de una forma de espacio social correspondiente al periodo de transición hacia la forma capitalista de la producción mercantil. Llamo a esta forma transicional, *espacio mercantil* o *forma mercantil de espacio*.

Nuestro punto de partida, la *obra-mercancía*, constituye la premisa histórica del espacio abstracto. En esta sección veremos cómo, además de ser su forma elemental, constituye su forma primitiva o embrionaria. Habiendo reconocido los principales atributos materiales y sociales de esta forma que asumen históricamente las obras y, además, el carácter particular del trabajo que se objetiva en ellas, no tenemos más camino que arrancar desde este punto nuestro análisis de las formas de espacio que la mercancía adquiere en el proceso de su generalización a la totalidad de los productos del trabajo humano. ¿Cómo explicar este “salto cualitativo”? ¿Qué implicancias tiene que el concreto de espacio adquiriera el atributo de ser cambiante? ¿Qué transformaciones introduce la cambiabilidad en su materialidad concreta y de qué maneras se manifiesta? Cabe señalar que en el análisis de estas formas de espacio mantengo una modalidad de exposición principalmente orgánica o, si se quiere, teórica que, sin desconocer las determinaciones históricas del espacio, permita abstraernos de éstas para examinar en su pureza únicamente las regularidades y relaciones intrínsecas a este proceso de desarrollo. Se trata de explicar en estos términos la génesis de la forma abstracta del espacio, es decir, de reproducir mediante nuestro pensamiento el desarrollo de la necesidad de la mercancía de adoptar dicha forma, de convertirse finalmente en un espacio social.

El proceso de transformación del espacio (en tanto obra singular) en mercancía, que abordamos brevemente en la primera sección, se sitúa y a la vez media entre los dos momentos mencionados más arriba. Es, por tanto, el antecedente o supuesto histórico del proceso inverso: la transformación de la mercancía en espacio.¹² En consecuencia, podemos trazar una progresión –a la vez histórica y orgánica– entre los dos momentos o fases del proceso: primero, la *forma mercantil o particular* (el espacio mercantil); y segundo, la *forma abstracta o general* (el espacio abstracto). Veamos en qué consisten.

a) *La forma mercantil o particular: hacia la subsunción formal del espacio al capital*

En este estadio histórico –que se extiende, de manera general, del siglo XIII al XV de la Europa occidental en su relación con las culturas islámicas, la India, China e Insulindia– lo que se constituye y consolida es un *espacio mercantil*, un espacio acorde al predominio de la

¹² Aunque desde un punto de vista estrictamente formal estos dos procesos parecieran ser idénticos, veremos cómo, desde el punto de vista de su desarrollo real, no sólo difieren en magnitud, sino que también en términos de su función específica en el proceso general de transición hacia el modo capitalista de producción.

circulación de las mercancías a gran escala, es decir, a la hegemonía del *capital comercial* –sea del comercio de mercancías o dinero– y del capital usurario. El proceso general que se opera en las entrañas de estas condiciones corresponde a la transición hacia una *subsuncción formal* del espacio al capital (Marx, 2009a, p. 54), es decir, el proceso mediante el cual las condiciones espaciales preexistentes de la producción social se subordinan a la acción del capital, aunque todavía no sean engendradas por el mismo. No obstante, el espacio mercantil no es todavía un espacio subsumido a la acción del capital, sino que constituye el preludeo y supuesto de esta subordinación. Es, por ende, una forma todavía particular en el contexto de la “economía-mundo” del mediterráneo (Braudel, 1984, pp. 6-8). Es la base sobre la que se desarrollará la gran metamorfosis del espacio social que sólo se consolidará siglos más tarde.

Si bien el desarrollo del comercio a gran escala a partir del siglo XIII transformó el espacio urbano y rural europeo significativamente, no explica por sí mismo el surgimiento de la relación capitalista (Marx, 2009b, pp. 424-425), ni tampoco, como veremos, del espacio abstracto. Por otra parte, resulta sintomático que, de todas las condiciones y circunstancias que llevaron a la formación y desarrollo del capital en general, es precisamente una condición particularmente espacial la que se presenta como fundamental en la transición hacia la forma capitalista de la producción social (Marx, 2007, pp. 467-469; 2014, p. 709; Jameson, 2011, p. 109). Si desglosamos dicha condición, tenemos:

1) *separación entre trabajo y propiedad*, o entre los trabajadores y las condiciones objetivas de su trabajo (materiales, instrumentos, obras, espacio de trabajo, etc.); hecho que habilita al no-trabajador o al poseedor de dinero, para comprar y vender dichas condiciones en la forma de medios de producción o medios de subsistencia;

2) *existencia de una masa de trabajadores doblemente libres*, es decir, individuos formalmente libres para vender su fuerza de trabajo como mercancía al poseedor de dinero, como también liberados de la propiedad de las condiciones objetivas de su trabajo;

3) *existencia de una masa de condiciones objetivas del trabajo igualmente libres*, o sea disponibles y vendibles en el mercado;

4) *inserción del capital como intermediario entre la propiedad y el trabajo*, o inserción del capital en los procesos de trabajo preexistentes a él, ya no limitándose a su función meramente comercial (provisión de insumos y venta de

productos mediante el *Kaufsystem* o el *Verlagsystem*)¹³, sino que transformando materialmente el proceso de trabajo en cuanto tal.

Adicionalmente a estas condiciones, la transformación del dinero en capital presupone el desarrollo a gran escala del comercio, es decir, el crecimiento del capital comercial y, más tarde en el siglo XVI, del sistema colonial del cuál éste se beneficiara enormemente. Sin embargo, y aunque todas estas condiciones se presentan como necesarias para el surgimiento del *capital en general*, no son condiciones suficientes en sí mismas (Marx, 2009b, p. 425). Ni el simple intercambio de dinero por trabajo vivo (prestación de servicios), ni la acumulación de patrimonio-dinero y el desarrollo del comercio a gran escala, ni tampoco la acumulación de masas de condiciones objetivas del trabajo en manos de los grandes capitalistas comerciales, son capaces de transformar el dinero en capital. A pesar de las apariencias, y aunque el repentino crecimiento del capital comercial –debido a su expansión y colonización de América, India y África– fue un factor fundamental en la transición, no fue lo decisivo (Marx, 2009b, pp. 418, 424-425; 2007, pp. 426, 468-469). Para que todas estas condiciones pudieran constituir a la relación capitalista y, por tanto, hacer surgir a la forma general del capital y del trabajo asalariado, debieron concurrir en la transformación de la capacidad viva de trabajo en un valor de uso para el valor y su valorización, o sea, en un valor de uso para el capital (Marx, 2007, p. 431). Como consecuencia, las condiciones objetivas del trabajo ya separadas de los trabajadores y, en particular, las condiciones espaciales de la producción social –originariamente utilizadas por el trabajo vivo como un medio indirecto de producción– se autonomizan y aparecen realmente invertidas como si éstas utilizaran al trabajo vivo. Se transforman de simples condiciones de existencia social en condiciones de reproducción del capital, o en otros tantos medios de absorción de trabajo ajeno (Marx K. , 2007, p. 423).

En un primer momento, el capital comercial domina la producción desde su exterior, desde la circulación mercantil como esfera autónoma de acumulación. Desde aquí provee los insumos y vende el producto de campesinos y artesanos. El mercader o comerciante es sólo formalmente un capitalista. No transforma las condiciones espaciales ni técnicas del proceso de

13 El *Kaufsystem* era un sistema doméstico de producción en el cual los artesanos eran propietarios de sus medios de trabajo. Mientras que el *Verlagsystem* consistía en que el comerciante adelantaba dinero a interés o medios de trabajo al productor directo a cambio de una determinada cantidad de productos que luego distribuía en los mercados urbanos.

trabajo mismo, aunque si lo hace con las condiciones de circulación de las mercancías, especialmente con la extensión o el grado de interconexión de los diversos mercados urbanos –por ejemplo, la creación de múltiples ligas urbanas medievales, como la hanseática o la de las ciudades suabas alemanas en el siglo XIV (Ditchburn, MacLean, & MacKay, 2011, pp. 284-285; Echevarría & Rodríguez, 2003, pp. 402-404). Otro ejemplo de esto es el desarrollo temprano de la construcción naval y la rápida multiplicación de las vías comerciales marítimas con la inclusión del Atlántico.

Bajo el predominio del capital comercial las diversas actividades productivas continúan, en gran medida, dispersas en el espacio y separadas en el tiempo. La producción aún se encuentra separada de la circulación, y es esta última la que predomina sobre aquélla. El comerciante se relaciona con la producción como una condición ya dada y de la cual se beneficia. No tiene motivos para alterarla. A este respecto, podemos hacer el ejercicio de observar desde una perspectiva espacial y temporal la denominada “triple transición” a la relación capitalista: o el comerciante se transforma directamente en productor, o bien domina la industria desde afuera, o, a la inversa –y en esto consiste, según Marx, la vía verdaderamente revolucionaria al predominio del capital– el productor se convierte directamente en comerciante al producir para el comercio mundial (Marx K. , 2009b, pp. 427-429).

En el primer caso, el gran mercader se convierte formalmente en industrial para dejar de depender de la reglamentación gremial, especialmente en el caso de la producción de mercancías de lujo, cuyas materias primas importa de tierras distantes. Sin embargo, y como parte integrante del patriciado urbano, a menudo tiende a gastar su fortuna en inversiones urbanas suntuarias e improductivas, como la adquisición de tierras o la construcción de grandes catedrales, palacios y villas con fines estéticos y políticos (Le Goff, 1979, pp. 98-99; Braudel, 2002, p. 25). El espacio y sus obras, especialmente la ciudad, actúan acá como un retardador del proceso de acumulación originaria del capital. En el segundo caso (el *Verlagssystem* como tal) el tejedor de paños holandés, por ejemplo, emplazado habitualmente en zonas rurales o en los alrededores de las ciudades, dependía completamente del comerciante que lo proveía de insumos en forma de materias primas, herramientas de trabajo o adelantos en dinero para comprarlas, y además vendía sus productos en los principales centros urbanos. A su vez, el comerciante fijaba una cuota de productos mínima para el productor directo. De esta manera, comenzó a controlar el ritmo, intensidad y tiempo de trabajo de éste último.

Por ejemplo, el caso de la invención de los relojes mecánicos en la China de la dinastía Song en el siglo X, y su posterior difusión durante el siglo XIV en Europa (Crosby, 1998, p. 75), muestra cómo los comerciantes –usualmente a través del maestro artesano o del jefe de familia actuando como sus intermediarios– imponían la necesidad de regular cada vez más el tiempo de trabajo de artesanos y campesinos. El comerciante no controla la producción directamente, pero impone un ritmo de trabajo que tiende a alargar la jornada laboral más allá de los límites establecidos –lo que se conoce como “plusvalía absoluta” (Marx K. , 2009a, p. 56).¹⁴ Naturalmente, las grandes ciudades manufactureras comerciales no eran el ambiente más propicio para este sistema, debido a las restricciones corporativas impuestas por los gremios, por lo que sólo pudo prosperar creando una red de aglomeraciones manufactureras en zonas rurales. Esta es una de las principales razones del proceso denominado como “trasvase” en la relación campo-ciudad, es decir, la implantación de manufacturas en pequeños poblados y zonas rurales en desmedro de las grandes ciudades y centros de comercio (Kriedte, 1987, pp. 174, 179, 187).

Llegados a este punto, nos encontramos en los albores de la *subsunción formal* del trabajo en el capital y, en consecuencia, de la subsunción del espacio precapitalista a la acción del capital sobre éste. El productor, nuestro maestro tejedor, compra directamente los instrumentos y materias primas o, incluso, las condiciones espaciales del proceso de trabajo (tierras, talleres, navíos), eliminando al capitalista comerciante como intermediario. Ahora se ha convertido el mismo en comerciante, aunque sólo en función de su producción. De aquí en adelante, todos los medios de producción ingresarán al proceso de trabajo de antemano bajo la forma de mercancías.

b) La forma abstracta o general: de la subsunción formal a la subsunción real del espacio al capital

Si la forma mercantil que asume el espacio tardomedieval europeo se caracterizaba por constituir las condiciones espaciales necesarias de la circulación de mercancías a gran escala y de su proceso de transición hacia la relación capitalista, bajo su forma abstracta son estas mismas condiciones las que comienzan a asumir, gradualmente, la forma de mercancías. La *subsunción formal* del espacio al capital surge allí donde las condiciones espaciales de la producción, separadas ya de los trabajadores –enajenadas de su propiedad–,

¹⁴ “Es claro que a fines del siglo XIV y principios del XV, la duración de la jornada laboral, en lugar del salario en sí, era lo que estaba en juego en las luchas de los trabajadores.” (Le Goff, 1980, p. 47).

se ponen a funcionar como órganos del proceso de producción regido por el capital.

La condición fundamental de esta subordinación es la *subsunción formal* del trabajo en el capital, es decir, el proceso por el cual las modalidades preexistentes de la producción social se transforman en un proceso de producción y acumulación del capital (Marx K. , 2009a, p. 54). Esto significa que el campesino enriquecido o el mercader y maestro artesano, devenidos capitalistas (convertidos en comerciantes a gran escala), se ponen al mando del proceso de trabajo empleando a una masa de trabajadores asalariados libres, lo que disuelve las antiguas relaciones de dependencia personal que se daban en las jerarquías tanto rurales (servidumbre) como urbanas (gremiales). Asimismo, las relaciones de hegemonía y subordinación directa –políticas, religiosas o de otra índole– son remplazadas por una forma de coerción puramente económica, indirecta (monetaria) (Marx, 2009a, pp. 56, 62; Marx & Engels, 2014, pp. 48-49). Sin embargo, operando en condiciones técnicas, sociales y espaciales preexistentes de la producción social –trabajo artesanal o agrícola– el capital se encontraba limitado a explotar el trabajo ajeno únicamente a través de la prolongación de la jornada laboral, un método de explotación que compartía con las formas tradicionales, aunque no se dieran de la misma manera (Marx, 2014, pp. 238-239; Marx, 2009a, p. 56). Lo que distingue a ambas formas desde un principio, es la escala a la que se efectúa la producción, o sea, la cantidad de trabajadores bajo el mando de un mismo capitalista y la cantidad de medios de producción a consumir productivamente por aquellos (Marx K. , 2009a, p. 57).

En la *subsunción formal* del trabajo en el capital, éste no opera pasivamente sobre terreno ajeno –a la manera del capital comercial, que se contenta con el *Verlagsystem*, temeroso de perder sus privilegios y monopolios– sino que infunde una mayor continuidad e intensidad al proceso productivo, consecuencia del aumento en la magnitud del capital adelantado (Marx K. , 2009a, pp. 61-62). Reúne una mayor cantidad de trabajadores y los distribuye en un espacio geográfico más acotado. Prolonga la jornada laboral, asegurando un uso preciso y eficiente del tiempo de trabajo. Mediante campanas especiales o relojes mecánicos instalados en los mayores centros urbanos desde mediados del siglo XIV, se fue superando paulatinamente la división eclesiástica y natural del tiempo (Le Goff, 1980, pp. 43-45). En suma, el capital disciplina la producción preexistente y saca toda la ventaja que puede de aquel “terreno ajeno” en el que, por el momento, se ve obligado a desenvolverse –quizás de manera análoga

a cómo Venecia se beneficiaba del Mar Adriático durante el siglo XV, “no ha tenido más que reunir en su mano, como otros tantos hilos, los tráficos que allí se realizaban antes de su intrusión” (Braudel, 1984, p. 19).

Desde mediados del siglo XVI, durante los comienzos del periodo manufacturero, la evolución de la división espacial del trabajo entre la ciudad y el campo desempeñó una función primordial. Tradicionalmente se ha tendido a exaltar su contradicción mutua heredada de la Alta Edad Media –en la que las ciudades episcopales y monasterios, y luego las comerciales, parasitaban y se desarrollaban a expensas de la producción agrícola y artesanal del campo (Marx & Engels, 2014, pp. 42-43). Sin embargo, la subordinación del campo a la ciudad no fue tan nítida como pareciese. De hecho, la mayor parte de los habitantes de las ciudades provenían del campo circundante, como era el caso de las ciudades italianas (Le Goff, 1979, pp. 87, 99-101). Además, muchas veces era el campo el que “ruralizaba” la ciudad, absorbiendo su capital excedente, ofertando productos más baratos y de mayor alcance (Braudel, 1984, p. 425; Le Goff, 1979, p. 101). Si bien esta situación no se dio siempre y en todos los lugares con el mismo énfasis, muchas veces el decaimiento de las ciudades estuvo relacionado con el auge de las manufacturas rurales (Kriedte, 1987, p. 183). A partir de su propio desarrollo desigual, esta contradicción espacial tendería a disolverse gradualmente, a partir del siglo XVIII, en favor de la ciudad, no sin consecuencias devastadoras para esta misma (Lefebvre, 2016, págs. 88, 140).

El correlato espacial de la ampliación de la escala de la producción lo constituyó la aglomeración de trabajadores y la concentración de medios de producción bajo el mando de un mismo capitalista. Esta concentración de las fuerzas productivas tuvo a la ciudad por su forma característica, desde allí se impulsó la producción manufacturera de exportación –con la excepción de las regiones flamenca e italiana mencionadas, donde las manufacturas textiles se situaron desde un comienzo principalmente en el campo. Se desarrolló así un incesante doble movimiento de masas de la población trabajadora, desde el campo la ciudad y de la ciudad al campo, según las tendencias y necesidades del capital comercial de la época y el aún incipiente capital industrial. Si bien las grandes ciudades comerciales exportadoras como Venecia, Amberes, Génova, Ámsterdam o Londres, jugaron un rol fundamental en la expansión de la producción mercantil y del capital comercial, no bien comenzaron a integrar las tierras circundantes en sus cadenas de producción de mercancías manufacturadas, que el

campo comenzó a tomar una relevancia cada vez mayor como nuevo centro productivo (Kriedte, 1987, pp. 176-177).

En un principio, las diversas manufacturas continuaron dispersas por el territorio, frecuentemente divididas en las ramas dedicadas a elaborar materias primas y productos semiacabados y las dedicadas a los productos acabados. Las manufacturas rurales se hicieron cargo con frecuencia de las primeras, mientras que las ciudades se encargaban de las segundas y de organizar su posterior comercialización. Este primer momento de la división espacial del trabajo entre el campo y la ciudad estuvo marcado por la complementariedad entre ambas. Las manufacturas rurales tenían, a su vez, la ventaja de su cercanía con condiciones naturales de la producción, como fuentes de energía hidráulica, y de fuentes de materias primas de origen animal como la lana y la seda (Kriedte, 1987, p. 177).

Los nuevos productores comenzaron poco a poco a vislumbrar las ventajas de situar sus talleres fuera de las ciudades, lejos de la legislación gremial y en busca de fuerza de trabajo barata, sacando provecho de los campesinos empobrecidos o de su desempleo estacional (Braudel, 1984, pp. 426-427). Por otra parte, es conocida la gran afluencia migratoria de siervos hacia las ciudades en busca de mejores condiciones jurídicas y laborales, aunque bajo la tutela de los maestros gremiales su suerte no mejoró del todo y muchos terminaron en el vagabundaje, la indigencia, o la muerte por ejecución (Braudel, 1984, p. 428; Le Goff, 1979, p. 87; Marx, 2014, p. 727).

Pero, sin lugar a dudas, el fenómeno que subyace a todo el proceso de la acumulación originaria es la expropiación masiva de las tierras de propiedad comunal, de la pequeña propiedad campesina –como fue el caso de los *yeomen* ingleses– y de las propiedades eclesiásticas durante la Reforma (Marx, 2014, p. 710; Williams, 2001, p. 136).¹⁵ El impulso para este proceso en Inglaterra lo dio la necesidad de incrementar la productividad de las tierras ganaderas. La hegemonía de la nueva manufactura de lana flamenca y sus altos precios –conocidas como “*nouvelles draperies*” al sur de Flandes en torno al Río Lys (Kriedte, 1987, p. 178)– hizo que los productores ingleses se vieran obligados a desarrollar manufacturas locales a un menor costo, desplazando sus talleres al campo (Marx K. , 2014, pp.

710-712). Este desplazamiento hacia las zonas rurales durante el siglo XVI y XVII generó nuevas ciudades de menor tamaño, además de la proliferación de las zonas híbridas conocidas como “aglomeraciones manufactureras”. La separación violenta de los campesinos respecto de su propiedad se llevó a cabo de distintas maneras según las particularidades locales. Sin embargo, la tendencia general fue hacia la transformación de las tierras campesinas arables en pastizales para el ganado de grandes terratenientes o arrendatarios capitalistas. En un principio, durante todo el siglo XVI y casi todo el XVII, la legislación real en Inglaterra se volcó contra todo este proceso de expropiación *de facto*, llegando incluso a promulgar leyes que prohibían la demolición de casas campesinas y la usurpación de tierras (Marx K. , 2014, pp. 713-715). Posteriormente, desde la segunda mitad del siglo XVIII, se dio lo inverso, no sólo la legislación apoyó las expropiaciones de tierras campesinas y eclesiásticas, sino que con las *leyes de cercamiento de tierras comunales (enclosure acts)* y los posteriores “despejamientos”, poblados y aldeas completas fueron destruidos o dejados inhabitables (Marx K. , 2014, p. 722).

La consecuencia de todo este proceso, es que la ciudad comenzó lentamente a ser sustituida por el campo como principal centro de producción. Las manufacturas rurales crecieron tanto que su tímida función inicial complementaria y dependiente de la ciudad, se transformó progresivamente en la principal competencia de las alicaídas manufacturas urbanas, aunque hubo excepciones –por ejemplo, en Inglaterra el desarrollo temprano de las redes de manufacturas rurales evolucionó independientemente de la competencia urbana (Kriedte, 1987, p. 176).

Ya en los comienzos del periodo de “protoindustrialización”, a partir del siglo XVIII, la división espacial del trabajo adquiere una nueva forma que afecta directamente la división técnica al interior de la manufactura. La ciudad comenzó a ceder al campo cada vez más ramas, especialmente los procesos más intensivos de trabajo como la hilandería y la tejeduría, mientras se reservaba para sí el control general de la producción, la distribución y las manufacturas de productos lujosos (Kriedte, 1987, pp. 178, 183). A diferencia de la forma que hemos descrito hasta ahora, donde se dividía el proceso productivo en distintos ámbitos parciales geográficamente separados (complementariedad campo-ciudad), bajo la nueva organización se divide una industria en subindustrias heterogéneas y autónomas (muchas de ellas en base a la industria doméstica rural) que a su vez pueden

15 Las expropiaciones y privatizaciones de las tierras comunales habrían comenzado, esporádicamente y al margen de la ley, al menos desde el siglo XIII, alcanzando su apogeo durante los siglos XV y XVI.

estar más o menos distanciadas en el espacio –este es el caso de las *manufacturas heterogéneas* como la relojería mecánica (Marx K. , 2014, pp. 344-345).

Con la evolución de este sistema de cooperación simple hacia un trabajo social combinado de muchos trabajadores en una misma manufactura, se rebasaron los estrechos marcos de la extensión de la jornada laboral como método de extracción de trabajo ajeno. Sin embargo, la distancia entre las diversas manufacturas autónomas seguía constituyendo una barrera a la acumulación. En las aglomeraciones manufactureras flamencas y luego en las inglesas, el proceso de trabajo pasó de organizarse en torno a una sucesión en el tiempo, a dividirse en base a la coordinación simultánea de múltiples procesos de trabajo en un espacio geográficamente acotado, concentrado. Con esta modificación, la distancia entre cada etapa del proceso productivo se acortó, reduciéndose, por ende, el tiempo que requería la transición entre una y otra, y con ello, el tiempo general de producción de las mercancías. El proceso de trabajo se subdivide cada vez más al interior del taller manufacturero en etapas y operaciones parciales ejecutadas simultáneamente por muchos trabajadores. Es lo que sucedía con la manufactura de agujas de coser, una de las principales durante el siglo XVIII. En ésta, el alambre recorre una secuencia de procesos interrelacionados, paralelos y continuos (Marx K. , 2014, pp. 346-347). A diferencia de la manufactura heterogénea, en la *manufactura orgánica*, al concentrar y vincular los diversos procesos de trabajo implicados en la producción de determinada mercancía, se logra expandir el ámbito de su acción al fabricarse más unidades de producto en una menor cantidad de tiempo (Marx K. , 2014, p. 348).¹⁶

Con el apogeo de la manufactura, el doble movimiento contradictorio entre *concentración espacial* y *expansión geográfica* logró asentarse como la base material sobre la cual se levantará posteriormente la gran industria. La consolidación de los Estados absolutistas, del sistema colonial, los aranceles proteccionistas y el desarrollo del sistema de impuestos y crédito público, propició el crecimiento de las ramas manufactureras productoras de infraestructura, es decir, de obras públicas que mejorarían y extenderían rápidamente las redes comerciales de caminos y canales por toda Europa occidental y central (Kriedte, 1987, pp. 152-153). La *homogeneización* del espacio es un resultado directo

de la revolución de las infraestructuras, los medios de transporte y las comunicaciones, mientras que su *fragmentación* deriva, más bien, de su parcelación como propiedad privada, es decir, de los “cercamientos” durante el proceso masivo de expropiación que hemos descrito en su forma clásica inglesa.

Conclusión

La tendencia a la concentración de la población mediante la urbanización, la demanda creciente de fuerza de trabajo proveniente del campo por la industria, la expropiación masiva de campesinos europeos y de pueblos nativos de las colonias, posibilitó una expansión geográfica sin precedentes y la creación del mercado mundial. El proceso sistemático de expropiación de tierras de los campesinos libres y su conversión en trabajadores asalariados incrementó enormemente la productividad agrícola, sentó las bases de la agronomía industrial y conjuró la victoria definitiva del arrendatario capitalista sobre la propiedad feudal de la tierra. El capital logró tomar posesión de las tierras y el espacio construido como un poderoso instrumento de su propia reproducción. En este proceso, convirtió las condiciones de trabajo mismas en mercancías y capital. Y aunque todavía no logrará hacerlo del todo con las condiciones ambientales generales de la sociedad, es precisamente durante el periodo manufacturero y protoindustrial, donde se generarán las bases para la conversión de las obras, otrora singulares, en mercancías reproducibles y cuantificables. De esta manera, se abre el camino hacia la producción del espacio mismo como un atributo del capital, es decir, a la subsunción real del espacio al capital.

Hemos considerado la génesis histórica de una particular forma social del espacio humano. Definimos como “forma social” al objeto o esquema de relaciones sociales que, en un determinado periodo histórico, rige el modo de organizar y producir las obras necesarias para la reproducción de la vida social. El espacio abstracto es simplemente la forma social que recubre y origina la peculiar forma natural que presentan las obras al ser producidas como mercancías. Independientemente de si somos versados o no en la comprensión del espacio y sus problemáticas, su conocimiento aparece ante nuestra conciencia, ya desde la infancia, como un hecho natural, como algo que emana de la propia psicología del individuo y que posee una existencia autónoma. Este espacio en cuanto tal, considerado abstractamente, es decir, como pura extensión cuantitativa ilimitada, corresponde sin duda

16 A diferencia del *Verlagsystem*, donde la necesidad de reducir el tiempo de producción de una mercancía era impuesta externamente por la competencia entre los capitales comerciales, en la manufactura orgánica es una necesidad intrínseca al propio proceso de producción.

a una abstracción filosófica, matemática o psicológica, que no existe sino es bajo una forma material y social determinada, como un concreto de espacio. Pero dicha abstracción de la conciencia y el pensamiento sólo se produce una vez que el proceso histórico que engendra la relación capitalista ha hecho de la homologación y la cuantificación, primero del tiempo y luego del espacio, una realidad práctica naturalizada al interior de las más diversas formaciones sociales (Crosby, 1998, p. 27).

Basándonos inicialmente en la comprensión teórica de los atributos naturales y sociales de la categoría “obra”, en el tránsito histórico recorrido –abstrayéndonos de condiciones específicas– comenzamos por el espacio mercantil como una simple condición de la mercancía y su circulación, luego avanzamos hacia la transformación de las obras en las mercancías que constituyen los elementos de la producción, o hacia la *obra-mercancía* como una subsunción todavía formal y parcial del espacio al capital. Desde aquí nos situamos en los comienzos de la transformación de la mercancía misma en espacio, con el advenimiento de la gran manufactura y el mercado mundial. Este es el comienzo de la *mercancía-espacio* como forma de organizar y producir el espacio social regido por la acumulación del capital. Corresponde a la real subsunción del espacio y la naturaleza al capital como condiciones y resultados necesarios de su reproducción. Queda pendiente, por supuesto, desarrollar las particularidades históricas y geográficas que fue tomando todo este proceso, especialmente durante la evolución del sistema colonial americano, hindú y africano que, aunque no expliquen, por sí mismos, la génesis del modo capitalista de producción, fueron aspectos fundamentales de su expansión.

Bibliografía

Appadurai, A. (1991). “Introducción: las mercancías y la política del valor. In A. Appadurai (Ed.), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías* (pp. 17-87). México: Grijalbo.

Borchers, J. (1968). *Institución Arquitectónica*. Santiago: Andrés Bello.

Braudel, F. (1984a). *Civilización material, economía y capitalismo, siglo XV-XVIII. Tomo I. Las estructuras de lo cotidiano: Lo posible y lo imposible*. Madrid: Alianza.

Braudel, F. (1984b). *Civilización material, economía y capitalismo, siglo XV-XVIII. Tomo III. El tiempo del mundo*. Madrid: Alianza.

Braudel, F. (2002). *La dinámica del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Colliot-Thélène, C. (1973). Releer El Capital. En M. Löwy, C. Colliot-Thélène, D. Avenas, K. Naïr, A. Ricci, & H. Lagrange, *Sobre el método marxista* (págs. 45-94). México: Grijalbo.

Crosby, A. W. (1998). *La Medida de la realidad. La cuantificación y la sociedad occidental, 1250-1600*. Barcelona: Crítica.

Ditchburn, D., MacLean, S., & MacKay, A. (Eds.). (2011). *Atlas de Europa medieval*. Madrid: Cátedra.

Echevarría, A., & Rodríguez, J. (2003). *Atlas histórico de la Edad Media*. Madrid: Acento.

Harvey, D. (2018). *Marx, Capital and the Madness of Economic Reason*. New York: Oxford University Press.

Harvey, D. (2005). *Spaces of Neoliberalization: Towards a theory of Uneven Geographical Development*. Stuttgart: Franz Steiner Verlag.

Iñigo Carrera, J. (2007). *Conocer el capital hoy. Usar críticamente el capital* (Vol. I). Buenos Aires: Imago Mundi.

Jameson, F. (2011). *Representing Capital: A Reading of Volume One*. London: Verso.

Kriedte, P. (1987). La ciudad en el proceso de protoindustrialización europea. *Manuscripts: Revista d'història moderna* (4-5), 171-208.

Kriedte, P. (1987). *Feudalismo tardío y capital mercantil. Líneas maestras de la historia económica europea desde el siglo XVI hasta finales del XVIII*. Barcelona: Crítica.

Lefebvre, H. (1991). *The Production of Space*. (D. Nicholson-Smith, Trans.) Oxford: Blackwell Publishing Ltd.

Lefebvre, H. (2011). *Introduction to Modernity: Twelve Preludes September 1959–May 1961*. London: Verso.

Lefebvre, H. (2015). *Espacio y Política: El Derecho a la Ciudad II*. Santiago: Praxis.

Lefebvre, H. (2016). *Marxist thought and the city*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.

Le Goff, J. (1979). La ciudad como agente de civilización; c. 1200-1500. In C. Cipolla (Ed.), *Historia económica de Europa* (Vol. I. La edad media, pp. 78-114). Barcelona: Ariel.

Le Goff, J. (1980). *Time, work & culture in the middle ages*. Chicago: The University of Chicago Press.

Marx, K. (1970). *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. México: Fondo de Cultura Popular.

Marx, K. (1970). Manuscritos económico-filosóficos de Karl Marx. In E. Fromm, & K. Marx, *Marx y su concepto del hombre* (pp. 95-201). México: Fondo de Cultura Económica.

Marx, K. (2007). *Elementos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política (Grundrisse) 1857-1858* (Vol. 1). México: Siglo XXI.

Marx, K. (2009a). *El Capital, Libro I, Capítulo 6 (inédito). Resultados del proceso inmediato de producción*. México: Siglo XXI.

Marx, K. (2009b). *El Capital. Crítica de la economía política. Tomo III. El proceso global de la producción capitalista* (Vol. 6). México.

Marx, K., & Engels, F. (2014). *La ideología alemana*. Madrid: Akal.

Marx, K. (2014). *El Capital. Crítica de la economía política. Tomo I. Proceso de producción del capital*. Santiago: LOM.

Moore, J. W. (2003). Nature and the Transition from Feudalism to Capitalism. *Review*, 26 (2), 97-172.

Rubin, I. I. (1974). *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*. Buenos Aires: Pasado y Presente.

Santos, M. (2000). *La naturaleza del espacio*. Barcelona: Ariel.

Sohn-Rethel, A. (2001). *Trabajo intelectual y trabajo manual*. Bogotá: El Viejo Topo.

Uexküll, J. (2016). *Andanzas por los mundos circundantes de los animales y los hombres*. Buenos Aires: Cactus.

Uexküll, J. (2014). *Cartas biológicas a una dama*. Buenos Aires: Cactus.

Uexküll, J. (1951). *Ideas para una concepción biológica del mundo*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.

Van der Laan, H. (1983). *Architectonic Space: Fifteen Lessons on the Disposition of the Human Habitat*. Leiden: E. J. Brill.

Williams, R. (2001). *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós.

COLECTIVO DE GEOGRAFIA CRITICA



**GLADYS
ARMIJO
ZUNIGA**